



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 44. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Noviembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Abrigo con dobles delanteros.—Waterproof con esclavina.—Falda y paletot de forma moderna para niña.—Flecos de lana y trencilla para abrigos.—Diferentes adornos de última novedad para adornar trajes y abrigos.—Gola y cuello de encaje irlandés.—Corbata de tul bordado.—Mangas de encaje irlandés.—Capucha hecha de un pañuelo de cachemir.—Dos sombreros de invierno, terciopelo y plumas.—Enagua de punto.—Enagua de vestir.—Delantales elegantes.—Almohadon cuadrado.—Almohadon redondo.—Mantel para desayuno.—Antimacasar de crochet y tren-

cilla irlandesa.—Bordado de felpilla para velo.—Iniciales bordadas á realce.—Cenefas bordadas en tul.—LITERATURA: La Condesa de Monforte, por Josefa Estévez de G. del Canto.—Al Tormes, poesia, por Fernando Araujo.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Diaz y Pevez.—Astronomía, por Francisco Guerrero y Garcia.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Conversacion con las damas, por la Condesa de Val-flores.—Bibliografía.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. WATERPROOF.

(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 27).

Es azul marino, de tela impermeable y adornado de trencillas de lana negras: la media esclavina que le adorna se abotona sobre los delanteros y sirve de manga: el núm. 2 presenta el abrigo por detras.

3. ABRIGO CON DOBLES DELANTEROS.

(Patron: el mismo del anterior).

Hácese este abrigo en paño gris de moda, adornado de botones de pasta y por detras de una capucha orillada de raso y recogida con cordones y borlas. El largo y ancho se ajusta á las indicaciones del patron: la línea recta pertenece al borde del delantero y la del contorno indica el sitio de la vuelta y



3. Abrigo con dobles delanteros (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 25 y 27). el que han de ocupar los delanteros sobrepuestos: estos se adornan de un falso jareton con ojales y botones: igualmente pueden cerrarse las solapas cruzando una sobre otra, y completan estos delanteros los bolsillos, igualmente adornados de botones como las vueltas de manga. La capucha, cuyo borde forrado de linon lleva ribete de seda, está unida al escote por cinco tablas y sujeta por un cordon con borlas: un plegado de la tela del abrigo forma gola además.

4 Y 5. VESTIDO PARA NIÑA.

(Véase el patron en el pliego de patrones del 18, por el revés, núm. II).



1. Waterproof con media esclavina. (Véase el núm. 2). (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 27).

La falda, á cuadros, lleva por delante tres volantes al biés y por detras la gran tabla doble: el paletot lleva una tabla en la espalda de tela lisa como las mangas y un plegado alrededor de tela lisa. Este vestido es el mismo modelo que el del núm. 2 y 3 del CORREO último.

6 Á 8. ALMOHADONES.

Bordado en paño.

Ambos son correspondientes al mismo mueblaje y están adornados con tiras bordadas en paño blanco sobre fondo de raso azul bajo. El bordado va representado en el número 6 de tamaño natural y ejecutado á punto de cadeneta, ruso y nuditos, todo con torzal azul, á excepcion de la guirnalda del centro, bordada al pasado con verde de dos tonos y puntos de oro. Pueden variarse los colores de esta labor segun el de la tapicería, y asimismo poner la seda y el paño en el mismo color. El almohadon, redondo, con cordones,



2. Espalda del waterproof núm. 1. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 27)

se hace ligeramente ouaté y bastillado á grandes cuadros, mientras el cuadrado va bullonado con botones, y alrededor lleva las tiras bordadas y un plegado del mismo raso. Las tiras bordadas figuran cruzarse en los ángulos, pero están cortadas en una pieza sola.

9 Á 19. ADORNOS DE NOVEDAD.

Todos estos modelos presentan galones, flecos y botones en el nuevo gusto de la moda. Los flecos de seda y de lana vuelven á utilizarse como adornos de túnicas y talmas, y los núms. 9 y 10 los presentan, el primero anudado sobre un pié calado y el segundo anudado en sortijas de trencilla, por lo cual

es muy fácil de hacer. Los números 11 y 12 son galones calados que se ponen en diferentes órdenes en los vestidos y abrigos, y los 13 y 14 cenefas de trencillas cosidas á máquina. Restan los adornos 15, 16 y 17, que figuran pluma, y se componen de trencilla en lazadas cortada y cardada y de lazadas de trencilla sin cortar entre otras cortadas y rizadas. Los botones imitan en su labor las telas de matalassé, tan usadas como adornos de trajes y abrigos.

20 Y 21. ENCAJES IRLANDESES.

Ambos están hechos con cinta de encaje irlandés, y los calados resultan enteramente claros á la vista, pudiendo ejecutarse en blanco ó en negro.

22 Y 23. MANTEL PARA DESAYUNO.

Para desayuno, para tés y para otros convites que no se consideran comida formal, se usan mucho estas mantelerías bordadas á punto ruso con hilo grueso y con lanas. El núm. 23 reproduce la cenefa de tamaño natural, con uno de los ángulos, para hacer más fácil la continuación: el estilo de ella es ruso y los puntos lo mismo ó sean de pasadas muy largas y cruzadas entre sí: la cenefa termina alrededor con una hilera de puntos llamados del diablo, hechos con blanco y espinas de lana negra, siendo en la cenefa los contornos negros y el fondo á cuadros blancos, hecho sobre un mantel de cañamazo Java color crudo. El fleco puede anudarse del mismo mantel.

24 Y 30. CUELLO Y MANGAS DE ENCAJE.

Este elegante fichú son dos solapas de encaje irlandés unidas á una gola de gasa muy plegada, con corbata de crespón, que se anuda al pié de las solapas.

25 Á 28. CORBATA DE TUL.

Es de tul chantilly blanco, de 18 cents. de ancho por 144 de largo, con un doblez al borde despues de cortar las puntas un poco sesgadas: el bordado se hace á zurcido con seda plata blanca, bordando las pequeñas cenefas en dos ó tres órdenes, y encima los pequeños ramos sueltos.

29 Y 32. CAPUCHA DE UN PAÑUELO DE CACHEMIR.

Es un pañuelo encarnado con bordado blanco á punto de cadeneta y de 144 cents. cuadrados. Dos puntas del pañuelo llevan un lindo ramo de seda blanca, y guarnece el pañuelo una cenefa con calados de tul que muestra el núm. 33, de 5 cents. de ancho, y solo en las dos puntas bordadas, perdiéndose por los lados hasta rematar en un feston de seda blanco en el resto del pañuelo. Para armar la capucha se coloca una de las puntas bordadas graciosamente plegada sobre la cabeza y adornada de un lazo de terciopelo negro, cayendo la punta contraria por la espalda, sujetando algunos pliegues en el centro lazos con caídas de terciopelo.

33. BORDADO DE FELPILLA PARA VELOS.

El grabado explica perfectamente su ejecución.

34. INICIALES PARA PAÑUELO.

Están bordadas á realce y sirven tanto para pañuelos guarnecidos de puntilla, como para los que llevan sencillamente un dobladillo hecho á vainica.

35 Á 37. ANTIMACASAR DE ESTRELLAS.

Se ejecuta á crochet con cinta irlandesa y produce un efecto muy lindo. Su ejecución es fácil, y los grabados la demuestran con suma claridad. El grabado 36 da la estrella del centro de tamaño reducido. El 37 una estrella de cinta irlandesa que puede hacerse de este modo ó colocando las hojas separadas como indica el grabado 35, que da la estrella grande, de tamaño natural.

38 Y 39. SOMBREROS DE INVIERNO.

El 38 es de castor, castaña claro, con copa baja y ala ancha, levantada en un costado. El adorno se compone de cinta brochada (género cañamazo) de 12 cents. de ancho, del tono del castor, y un biés de terciopelo de 10 cents. de ancho, más oscuro.

El fleco se obtiene de la misma cinta, sacando los hilos hasta 15 cents. de altura. Una cinta de reps ribetea el ala, y por dentro lleva dos plumas marron de dos tonos bajo una diadema, y un pájaro del mismo color que levanta graciosamente un costado del ala. El grabado 39 representa, visto por detras, el sombrero de terciopelo

guarnecido de plumas que representa visto por delante el grabado 7 del número anterior de EL CORREO.

40. CORSÉ DE TALLE LARGO.

Con los cuerpos modernos se hace preciso un corsé que alargue el talle todo lo posible. El modelo que ofrecemos es de una forma muy nueva. Las nesgas de las caderas son de elástico, y puede por lo tanto convenir hasta á las personas gruesas.

41 Y 42. DOS DELANTALES.

El primero está adornado con volantes bordados y ruches de la tela; el segundo, de piqué, lleva por adorno un volante fruncido y bieses bordados. Ambos tienen peto sostenido con tirantes que terminan atras con un lazo.

43. ENAGUA DE PUNTO.

(Patron de la cintura: Pliego del 18 por el revés, número V, fig. 22).

Es de lana gris y azul, hecha á la máquina; pero tambien se puede hacer á la mano, parte de crochet y parte de punto de aguja; por ejemplo: el fondo, que mide 130 centímetros de ancho por 50 de largo, puede hacerse de crochet tunecino, entero ó dividiéndolo en paños, ó á punto de aguja, de un dibujo á cuadros ó rayas. La cenefa plegada, de 10 cents. de altura, se ejecuta por separado y á lo ancho, haciendo alternadas 7 vueltas al derecho y 9 al revés. Para la parte de arriba, enteramente ceñida al cuerpo, se reduce el número de puntos á la mitad, y se hace sin interrupcion un punto al derecho y uno al revés, lo que forma el lindo dibujo á rayas que muestra el grabado. La figura 22 del pliego del 18 da el patron de la cintura, pero solamente la punta del centro, debiéndose añadir á ambos lados una tira de 4 centímetros de ancho, en la cual se hace una doble jareta. En la punta se meten dos ballenitas á cada lado, y entre estas un ojal para sujetar la cintura al corchete del corsé.

44. ENAGUA PARA VESTIR.

Las enaguas de vestir no han cambiado de forma: el modelo está guarnecido por abajo con un volante de 40 cents. de altura, cuyas triples tablas van separadas por anchos entredoses bordados á la máquina. Cada tableado requiere 54 cents. de tela á lo ancho. El volante termina por abajo con un dobladillo, y por arriba con cabecita plegada sujeta con un biés.

45 Y 46. ADORNOS PARA VESTIDOS Y DELANTALES.

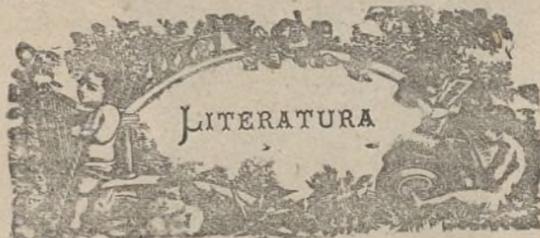
El primero es un sencillísimo adorno para vestidos de invierno y el segundo para un delantal, terminándolo por arriba y por abajo una cenefita á feston.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA CONDESA DE MONFORTE.

Leyenda del siglo XVI.

I.

EL JURAMENTO.

Era una noche oscura y lluviosa del mes de Diciembre. El viento gemía entre las desnudas ramas de los árboles del bosque vecino al renombrado y temible castillo de Monforte, remedando ayes de agonía, gritos de dolor, murmullos misteriosos é inexplicables, cual si fueran producidos por espíritus invisibles que se contaran sus penas en un lenguaje desconocido á los mortales.

En una de las ventanas del castillo se divisaba una luz. Aquella ventana pertenecía á la cámara del noble y poderoso conde de Monforte. En el centro de la cámara se veía un tálamo alto y blasonado, y en él reposaba es-

perando su hora postrera el jóven señor de aquella mansion feudal. Una mujer, de peregrina hermosura, sentada al lado del lecho mortuorio, lanzaba de su pecho desgarrados gemidos que repetía el eco misterioso por la extensa cámara.

—¡Blanca!—dijo el moribundo con voz débil,—el oírte llorar apresura mi muerte. No llores, por Dios, esposa mia: la noble condesa de Monforte debe ser fuerte como lo fueron sus antepasados, y resistir con resignacion las desgracias que la envia la Divina Providencia.]

—Rodrigo, si tú mueres, no tardaré en seguirte á la tumba;—le contestó la afligida condesa.

—¡Seguirme dices! ¡Ojalá que así fuera! ¡Si supieras qué sueño he tenido!—dijo el enfermo con voz apenas inteligible y cual si estuviera delirando.—Hubo un momento de silencio y luego continuó:—He visto mis funerales... Te he visto pálida, llorosa, derramando amargo llanto sobre mi tumba... despues... despues... ¡oh dolor! ¡oh rabia!... músicas deliciosas, flores y luces por todas partes... Las risas y la algazara de un festin... y allí tambien estabas tú... pero la toca de viuda se habia caido de tu cabeza y brillaban en su lugar las ricas galas de la desposada... Mis ojos lo veian y mi razon se negaba á creerlo... ¡Blanca!—te dije.—¿Dónde está el amor que me juraste, cuando sin acordarte del que tanto te amó, das á otro hombre el dulce título de esposo?...

Esto dijo al verte; pero tú no me oias... y en tanto que mi pobre espíritu lanzaba mil ayes de dolor, tú sonreias amante al hombre que ocupaba el sitio que yo solo debí ocupar en el tálamo nupcial... ¡Blanca!—repetia yo,—¿por qué me has olvidado?...

—Cálmate, Rodrigo; esos han sido delirios de tu mente y nada más. Yo te juro por Dios, esposo mio, que Blanca jamás será esposa de otro hombre. ¡Reciba el Señor mi juramento!—exclamó la condesa con voz solemne estrechando entre las suyas las manos de su esposo, y dirigiendo á un crucifijo de marfil, que bajo un dosel de terciopelo negro se ostentaba cerca del lecho, una mirada fervorosa, se prosternó de rodillas repitiendo:—Recibid mi juramento, Señor.

—¡Gracias!... ¡gracias!—exclamó el conde, y con voz exánime añadió:—Blanca mia... yo muero... pero mi espíritu volverá á verte... y á recordarte tu promesa...—dijo;—y fijando en su esposa una mirada penetrante, parecida á los últimos destellos de una luz próxima á extinguirse, espiró.

La condesa contempló un momento aquel semblante adorado, aquellos ojos empañados por el hálito terrible de la muerte, lanzó un grito como si se la desgarrasen las entrañas, y cayó como un cuerpo sin vida sobre el pavimento.

Sus damas que velaban en la estancia inmediata, y el sacerdote que hacia cortos momentos habia dejado al conde porque éste le indicó que deseaba hablar á solas con su esposa, volvieron á entrar en la cámara al oír el grito de la condesa.

¡Oh noche! ¡noche tristísima de angustias y dolores terribles! A los gemidos de la hermosa se unieron aquellos gemidos misteriosos é inexplicables, tal vez lanzados por espíritus invisibles, y el ave nocturna que los campesinos llaman el pájaro de la muerte, colocado en las altas torres del castillo, unió su pavoroso graznido á aquel triste concierto.

II.

LA CANCION.

Tres años han trascurrido desde el dia en que la condesa Blanca de Monforte vió exhalar á su esposo el último suspiro.

Era una tarde hermosa y apacible del mes de Octubre.

La condesa, sentada al lado de una de las góticas ventanas que habia en su cámara, se ocupaba en bordar una banda de seda blanca, al mismo tiempo que dirigia de vez en cuando una mirada vaga y melancólica á la hermosa campiña que se descubria desde la ventana. A su lado, y ocupada tambien en bordar, se hallaba una jóven hermosa como una mañana de primavera. Era la dama favorita de la condesa.

Un silencio profundo reinaba entre las dos mujeres, hasta que lo rompió la jóven dama diciendo con timidez:

—Estais triste, señora; desearia saber algun medio para distraer vuestra melancolía, solo por ver brillar en vuestros lábios una sonrisa de felicidad.

—Gracias, Beatriz; ya se que me amais con el más vivo afecto, y creed que os lo agradezco mucho. Estoy triste, y en verdad que no se porqué.

—Ciertamente, señora; debeis consideraros muy feliz al pensar que dentro de ocho dias sereis la esposa del noble marqués de Rivadeo, que además de su nobleza tiene una figura interesante y una riqueza mayor que la de un rey.

—Es verdad,—dijo con aire preocupado la condesa.— Debo considerarme dichosa en haber inspirado un amor tan grande á tan perfecto caballero, y sin embargo...

Doña Beatriz prosiguió diciendo con entusiasmo:

—¡Os acordais, señora, cuando asistimos hará seis meses á las fiestas que dió en su castillo el marqués de Benín? No hubo otro que se distinguiese más en los torneos, tanto para manejar la lanza como para coger la sortija.

—Demasiado me acuerdo; porque desde aquel día data a fecha de su... de nuestro amor;—dijo la condesa suspirando, y después de vacilar un instante:—Yo hubiera querido que desistiese de su empeño; pero le he visto un día y otro suplicándome que le amase, pintándome su pasión y sus tormentos... le he visto siempre tierno, apasionado... mi corazón se ha conmovido, y... al fin, dentro de ocho días seré su esposa.

La condesa se estremeció ligeramente al decir estas últimas palabras, y volvió á quedarse pensativa.

La noche había tendido sobre la tierra su misterioso manto. En el castillo todo estaba tranquilo y silencioso como si el ángel del sueño hubiese extendido sus alas sobre la antigua y noble morada de los condes de Monforte.

Todos dormían sin duda en el castillo ménos la joven y bella condesa, que en vano trataba de buscar en el sueño el reposo que necesitaba para tranquilizar su acalorada fantasía y su fatigado espíritu. De pronto hirieron su oído los sonidos melódicos de un laud, y una voz dulce, melancólica y sonora, cantó con una expresión inimitable la siguiente canción:

¡Ay de la hermosa paloma
que cuando la aurora asoma
busca á su amor!
Moribundo, en el otero
le dejó el tiro certero
del cazador.

¡Ay de la mujer que olvida
veleidosa y fementida
al que juró
amor eterno, constante,
y luego por otro amante
le olvidó.

¡Ay de la hermosa paloma
que cuando la aurora asoma
no halla su amor,
y busca otro compañero
que mitigue placentero
su dolor!

¡Ay del que á una ingrata adora
que fementida y traidora
vendió su fé,
y en vez de amor y ventura
eterno llanto y tristura
solo vé!

¡Oh, tú la que oyes mis quejas
y sin compasión me dejas
llorar, sufrir,
ten piedad del dolor mío,
que el único bien que ansío
es morir.

La voz del misterioso trovador se fué extinguiendo lentamente al llegar á la última estrofa, y solo se oyeron algunos instantes las vibraciones del laud, parecidas á un débil quejido que repitiera el eco.

La condesa, que no había perdido ni una letra de la melodía cantada con tanto sentimiento y dulzura, no pudo ménos de exclamar incorporándose en el lecho:

—¡Dios mío! ¡Será acaso el espíritu de mi malogrado esposo el que ha entonado esa canción que ha herido mi alma como si la hoja fría de un puñal hubiera penetrado en mi corazón? pero no; delirios son de mi mente y nada más. El cantor será algún paje que estará enamorado de alguna de mis damas, ¡Beatriz sin duda, y le habrá dado la gana de venir á estas horas á exhalar debajo de sus ventanas esos tristes lamentos... pero... ¡es una coincidencia extraña!...

Los primeros albores de la mañana vinieron á iluminar la cámara de la condesa: un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho al verlos aparecer, porque cuando pasamos una noche de insomnio anhelamos ver la luz del día como las aves desean en el invierno ver los rayos del sol. Fatigada la condesa por los tristes presentimientos que había tenido aquella noche, se quedó dormida cuando los rayos de la aurora penetraron por los vidrios de colores de su ventana.

III.

LA APARICION.

Hermosa está la condesa con su rico traje de novia: el raso y el terciopelo, el oro y los diamantes, todo, todo se

ha hermanado allí para adornar aquella peregrina belleza.

El marqués viste una ropilla acuchillada de raso verde y blanco, recamada de oro, y el joyel que sostiene la blanca pluma de su gorra ostenta riquísima pedrería, lo mismo que la empuñadura de su espada.

Los extensos salones del castillo están llenos de convidados, y los pajes y damas de la condesa y del marqués lucen sus mejores galas.

El contrato está firmado ya, y los novios cogidos de la mano, y seguidos de damas, pajes y convidados, se dirigen á la capilla del castillo.

Al entrar en el sagrado recinto, siente la condesa que desliza en su oído una palabra que la hace estremecer: «¡Perjura!» La voz que la ha pronunciado es triste y suave como una queja de amor; voz de dulzura infinita que parece el eco de otra voz que un tiempo formaba las delicias de la condesa. ¡Horrible fascinación! En los sonidos del órgano y en los cánticos sagrados que entonan los sacerdotes, no oye Blanca sino aquella palabra que la hace estremecer: «¡Perjura!... ¡Perjura!...»

¡Qué angustia! Si fuera posible rompería el contrato hecho, rasgaría su rico traje, y huiría de aquel lugar que se ha convertido para ella en el más horrible suplicio; pero ya no es tiempo de retroceder, porque en aquel momento la intima el sacerdote que pronuncie el sí que ha de unirle para siempre al marqués de Rivadeo.

La condesa, pálida, temblorosa, da su mano al marqués; pero la mano que éste la ofrece está fría como el mármol, y el contacto helado de aquella mano penetra el pecho de la condesa, helándola de espanto. Entonces dirige sus ojos al rostro del marqués, y... ¡qué horror!... no es el marqués, no, el que está á su lado, sino el conde de Monforte, pálido, descarnado, y en cuyos ojos brilla una mirada fosforescente, semejante á los relámpagos que lanza la tormenta y que iluminan con luces pavorosas la lobreguez del cielo en una noche oscura.

—¡Blanca! Acuérdate que me dijiste: «Yo te juro, Rodrigo, que jamás seré esposa de otro hombre. Reciba el señor mi juramento;» y yo te prometí que si faltabas á él, vendría á recordarte tu promesa. ¡Blanca! ¿Por qué me has olvidado?

El acento de aquella voz tristísima, la mirada de aquellos ojos penetrante, profunda y dolorosa, fué un puñal mortífero que desgarró el corazón de la condesa.

En aquel instante volvió á decir el sacerdote: —Señora condesa de Monforte, ¿quiereis al señor marqués de Rivadeo por esposo?

Blanca no respondió. El marqués estrechaba en su mano la mano de un cadáver.

CONCLUSION.

Blanca fué enterrada en el panteón de los condes de Monforte. Todas sus damas, especialmente Beatriz, lloraron largo tiempo su prematura muerte, que nadie supo á qué atribuir.

Cuenta la crónica que los sencillos campesinos de la comarca no se atrevían á pasar de noche por las cercanías del castillo, porque creían escuchar una voz melancólica que decía «¡Perjura! ¡Perjura!» Y el pájaro de la muerte que había hecho su nido en las altas almenas de la desierta mansión señorial, aumentaba el espanto de los campesinos, mezclando sus gritos agoreros á la voz misteriosa y temida.

El marqués de Rivadeo, viendo que no podía arrojar de su corazón á la bella y desgraciada condesa, se fué á las guerras de Flandes, donde algún tiempo después murió como un héroe, dejando glorioso renombre de sus hazañas y de su valor.

Salamanca y Setiembre 1875.

JOSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

AL TORMES.

POESÍA DEDICADA Á LA SIMPÁTICA SEÑORITA
DOÑA FELICIANA GOMEZ.

Allí... cabe tu orilla susurrante
Que entre prados floridos se desliza,
Aspirando anhelante
Del áura el soplo que tus aguas riza,
Corrió mi dulce infancia,
Ya escuchando feliz la trova amante
Que entonas placentero
A las flores que inclinan sus corolas
Sobre tus leves olas,
Ya el canto del jilguero
Que te ensalza en preciosas barcarolas.

Allí... al compás de tu veloz murmullo,
Del cadencioso trino
Del ruiseñor que vaga en tus riberas,
Del ardoroso arrullo
De tórtolas amantes y parleras,
Al compás del suspiro de las áuras

Que requebrando pasan á las flores,
Y al compás de los ayes y dolores
De las flores galanas
Que lloran las mañanas
Lágrimas cristalinas de rocío,
Besaba yo el cabello
Del ángel de ventura y dueño mío,
Beso que fué de amor el dulce sello.

¡Ella!... El ángel feliz de mi ternura.
¡Ella!... ilusión hermosa de mi vida,
¡Ella!... Sér de mi sér... reina querida
De mi alma enagenada...
Ella me dió á tu orilla, Tormes claro,
El «sí» más dulce de su boca ansiada.

¡Ella!... la vírgen de mármol de cuello
A la que alzaba en amoroso canto
Plegaria fervorosa...
¡Ella!... la blanca diosa
De mi existir, cuyo divino manto
Parecía robado de tu espuma...
¡Ella!... disipadora de la bruma,
De la duda cruenta de mi alma...
Garrida, esbelta palma
Del oasis feliz de mi existencia...
¡Ella!... mi cielo, faro de mi vida,
De mi amor Providencia
Caer me hizo de hinojos
Junto á tu orilla plácida, escondida,
Llevándose mi alma tras sus ojos.

Aquí me dijo de su amor ardiente
La intensidad, el fuego...
Allí con blando ruego
Me hizo jurarla adoración ferviente;
Aquí, Tormes, tus aguas cristalinas
Besaron su ondulante cabellera;
De tu orilla en la alfombra,
Do el árbol que del ave vocinglera
Sostiene el blando nido
Buscamos dulce sombra
Huyendo siempre el mundal ruido;
Allí la huella se imprimió segura
Leve de mi adorada;
Allá formamos planes de ventura,
Aquí vimos la luz de la alborada.

A veces el placer nos sonreía,
A veces el dolor nos embargaba,
A veces... ¡ay! reía,
A veces... ¡ay! lloraba;
Ella enjugaba el llanto de mis ojos,
Yo recogía en su megilla ardiente
De perlas los despojos
Que el dolor la arrancaba alevemente;
Ella con risas mi pesar aleja,
Yo sonriente alejo sus pesares,
Y el dolor, que á los dos tristes nos deja
Y de llanto verter hace un torrente
Que tu rauda corriente
Arrastra en pos de tí á lejanos mares,
Se trocaba en ventura...
¡Corta, donde hay amor, es la tristura!...

Mas ya no está... ¡no está!... yo no la veo
Volar ansiosa á mis amantes brazos,
En sus ojos no leo
El amor y la dicha que la anegan...
Y siento el corazón hecho pedazos
Porque todos que vive ya me niegan!...
Bájara yo al infierno,
En busca de su amor y sus caricias,
Forjando un lazo eterno...
¡Sus tormentos ignotos
Aun fueran para mí tiernas delicias!...

Pero... no... no se fué... no me ha dejado
Sumido en mi dolor... ¡es imposible!...
¡Lo fingirá el cuidado!...
¡Será de alguna noche sueño horrible!

¡Dónde está?... ¡dónde está, Tormes undoso!
¡Tú también ¡ay! la amabas,
Pues al verla infeliz la consolabas!...
¡Dónde está?... ¡dónde está!... elevó su vuelo...
¡Dolor que arrancas de mi sér la vida!...
¡Dónde está mi ilusión la más querida!...
¡Ha dejado este suelo!...
¡Ah!... la muerte... la muerte solo pido
Para unirme con ella... allá ¡en el cielo!...

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca 27 de Junio de 1875.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXXV.

DE CÓMO LLEGAMOS AL ENTRONCAMIENTO.

El tren volvió á rodar de nuevo sobre la férrea-paralela. Su paso era pausado. Parecía que la máquina iba temerosa de llegar á Tramagal, ó que el frío no la dejaba el paso expedito para correr. Scott, que iba vestido de primavera, apenas si sentía el frío, y frotándose las manos, como satisfecho por el feliz viaje que hacíamos, me preguntaba:

—¿Hemos salido de Abrantes?

—Sí, señor.

—¿Adónde vamos ahora?

—A Tramagal, si no descarrilamos.

—Pues si no me equivoco, hay otro Abrantes en América.

—En el Brasil; á cuatro leguas de Bahía. Este otro Abrantes, de donde partimos ahora, está á veinte leguas de Lisboa, es una ciudad importante, con más de 10.000 almas, con calles anchas y aseadas, plazas alegres y buenos edificios. Diferentes hombres notables llevan el nombre de esta ciudad, como el duque de Abrantes, título que dió Felipe II á uno de los hombres que más influyeron en el siglo XVI para su proclamación en Lisboa. Hubo también otro hombre público, en primeros del siglo actual, el marqués de Abrantes, partidario notable y decidido del rey D. Miguel de Portugal. Este título, acérrimo absolutista, fué uno de los hombres que



4. Falda para niña. (Véase el núm. 5).



6. Tira bordada para el almohadon núm. 7.

—Pues hombre, hágame V. el favor de fumarse ese puro, si no le ha de servir de grande violencia. Y Scott cogió el cigarro entre sus manos, lo miró bien por ambas extremidades y lo encendió en el mio. El tren partió de nuevo, yo volví á cerrar el cristal de la ventana, y Scott paladeaba el habano con notable atención.

—¿Qué tal el tabaco? le pregunté:

—Muy fuerte; me gusta más el de Escocia.

—¿El de patata?



5. Paletot correspondiente á la falda núm. 4. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. II, figs. 7 á 9).

—No lo sé yo de qué será, pero más suave y más grato que este es el que fumaba yo, siendo niño, en Londres.

—Más suave es cierto, pero es más dañino y peor á la higiene.

—Eso es lo que yo no sé, decía Scott, dando una enorme chupada al habano.

—Pues felizmente ya está depurada la verdad, y gracias á recientes experimentos, no puede confundirse la hoja de la patata, ni la del malva-visco, con la del tabaco.

Han publicado los periódicos de Londres y de París, y reproducido algunos españoles, la noticia de que un académico francés, apoyado tal vez en las teorías del cultivador Parmentier, que en el siglo pasado propagó las buenas condiciones de la patata, ha sostenido ante una corporación científica que la hoja de aquel tubérculo, convenientemente desecada, puede reemplazar, hasta con ventaja, á la del tabaco, porque tiene las mismas cualidades excitantes que esta planta, y pertenece á la misma familia.

Animadas algunas personas de lo que el académico francés sostuviera, no vacilaron en hacer experimentos para procurar descubrir la verdad:

en efecto, tomando ramas de plantas verdes las colgaron al aire libre, donde no pudiesen mojarse, y secas las hojas algunos días después, hicieron unos cigarros de papel, y notaron con gran satisfacción que fumados tenían el mismo gusto que los de tabaco cogido verde, secado del mismo modo, y fumado también sin ninguna preparación, pareciéndoles notar que la hoja de patata en este estado es más excitante aun que la del tabaco en el mismo, y de combustión más fácil. Y no hicieron esto solo, que algunos fueron más adelante.

Alentados por tan feliz resultado, prensaron la hoja de patata como se prensaba la del tabaco, y la rociaron con una infusión de la misma hoja, habiéndose notado que preparada así aumentaba en fuerza y aroma.

Tales experimentos circularon por todas partes, y algunos creyeron muy posible que la hoja sola de patata repentinamente sustituiría á la del tabaco, no siendo el gobierno español de los últimos, pues por un documento oficial publicado en Marzo de 1868, se tomaron las medidas necesarias para prohibir el tráfico ó negocio de la hoja de patata empleada en idéntico uso que la del tabaco de América.

Algunas consideraciones sobre el empleo de la hoja de la patata, en sustitución á la del tabaco, refutando las palabras del académico francés, bastarán para que sepa usted la verdad científica.

Absorbido el humo del tabaco por un fumador automático, y sometido al análisis químico, resultan de la combustión del tabaco que penetran en la garganta las siguientes materias:

Agua salinosa, una parte;

Carbon, dos; Amoniaco, tres; Acido carbónico, cuatro; Un principio alcalino, llamado nicotina, cinco;

Una materia empireumática, seis; y Un extracto amargo resinoso, siete.

El agua se presenta en el estado de vapor, y tiene suspensa la materia carbonífera, dan-



10. Fleco de lana y trencilla.



9. Fleco de lana para abrigos.

francés Junot. Esta mujer supo hacerse notable con su pluma, bajo el seudónimo con que cubría su nombre en el mundo literario. Sus obras literarias, sus novelas y sus poesías son muy buenas. Murió en 1833, contándose entre sus producciones *El Almirante de Castilla*, y otras de no menos importancia literaria.

En esto el tren detenía lentamente su precipitada marcha, y poco después paraba frente á Praia. Eran las dos y cuarenta de la noche.

—Bajemos por un momento uno de estos cristales, para que salga el humo del tabaco, nos decía Mr. Scott.

—Hombre, hace mucho frío.

—Sí, pero nos vamos ahogar.

—El humo del tabaco es agradable siempre; yo no sé como V. puede resistir sin fumar. ¡Entretiene tanto el cigarro! ¡Da tantas ideas el humo! Consuela al triste, alegra al afligido y acompaña al hombre lo mismo en la prisión que en el desierto.

—¡Ah!... eso dicen los fumadores.

—Y decimos bien. Un buen cigarro es á veces mejor que ciertos amigos.

—Yo no sé aun lo que es fumar, porque fumé corto tiempo, siendo estudiante, que comprábamos tabaco de Escocia en el colegio. Pero apenas si tengo recuerdos de ello.

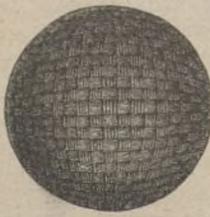


11. Galon calado.



8. Almohadon bordado. (Véanse los núms. 5 y 7).

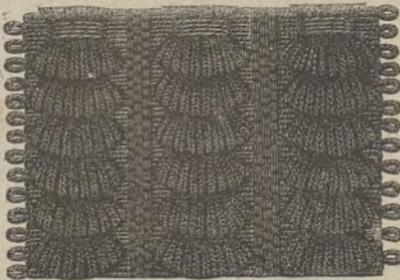
13 y 14. Adornos de trencilla.



12. Poton matelascé.



15. Galon afelpado.



16. Galon de presillas.



17. Galon rizado



19. Poton matelascé.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª II. Madrid

do entre a
color azul
El amoni
bajo el no
látel, se pre
de gas, con
ácido carbó
La nicotina
se queda e
cigarro, ad
des de aqu
La sustan
es amoniac
olor que le
materias te
El extra



24. Cola

prende to
El de S
El de C
El de M
Es evic
es ofensiv
mucosa é
El ácid
es narcót
troduce
mones.
El ácid
ataca la
mucosa d
ta; por es
sorben p
están gar
menta el
la saliva
be la san
difica de
produce
dad en l
de los
sanguíne
bido en
dad caus
supresio
acion bi



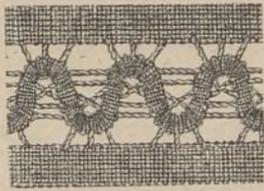
do entre ambas al humo el color azulado.

El amoniaco, más conocido bajo el nombre de álcali volátil, se presenta en el estado de gas, combinándose con el ácido carbónico.

La nicotina, materia volátil, se queda en la pipa ó en el cigarro, adherente á las paredes de aquella ó de este.

La sustancia empireumática es volátil. Su naturaleza es amoniaca, pero mal determinada, dando al humo el olor que le caracteriza, y se adhiere fuertemente á las materias textiles de lana.

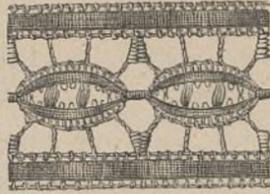
El extracto amargo es una sustancia resinosa, de color oscuro, que existe en el tubo de la pipa bajo forma fluida.



20. Entredós de encaje irlandés.



22. Mantel para desayuno. (Véase el núm. 23).



21. Entredós de encaje irlandés.

amarilla la piel, excita primero, luego disminuye la acción del corazón, y de ahí las náuseas en los fumadores principiantes.

La sustancia empireumática parece ser la más negativa á sus efectos, pues sola ella da el sabor al humo.

Estas sustancias, todas dañosas, se señalan más en el fumador si tiene el estómago malo, y nunca si fuma en pipa ó tira el cigarro á la mitad, ó antes de que se vaya apurando.

Tales son las condiciones del tabaco, amigo Scott. Otra cosa nos enseñan los experimentos ó análisis sobre la hoja de la patata, con que adulteran las elaboraciones en la industria de los tabacos.

Los que pretenden, como el académico francés, que es de mejores condiciones para fumarse que el tabaco, citan á Mr. Parmentier, en sus razonamientos, como autoridad muy del caso.

Pero están muy equivocados. Todo el mundo sabe que á mediados del siglo pasado se promovió una especie de guerra contra el cultivo de las patatas, diciendo que enjendraban fiebres perniciosas, y dejaban agostados y pobres en poco tiempo los terrenos dedicados al cultivo.

En España algunos salieron á la defensa de aquel fruto.

En Francia lo hizo Mr. Parmentier, y probó prácticamente que el cultivo de aquel tubérculo no solamente no esteriliza las tierras, sino que daba fecundidad á las más estériles, y que por otra parte, lejos de ser dañoso á la salud, la conservaba.

Y hasta aquí, y nada más, Mr. Parmentier, que jamás habló de las hojas, sino del fruto, de los tubérculos, que serán á la alimentación animal muy buenos, sin que esto se oponga á que la hoja sea mala para fumar, ó cuando menos no igual á la del tabaco. La



24. Cola y cuello de encaje irlandés. (Véase el núm. 30).

Los doctores Descaisne y Richardson, sostienen que las diferentes especies de tabaco producen variaciones notables en los resultados de la combustión. Como el tabaco natural ha tenido poca fermentación, presta muy escasa cantidad de carbon libre, mucho ácido carbónico, poca agua, ninguna nicotina, y casi nada las otras sustancias accesorias.

El tabaco turco y el de Bristol, contienen mucho amoniaco y poca nicotina.

El de Habana des-

prende todos los productos.

El de Suiza, da cantidad considerable de amoniaco.

El de Cavendish, varía constantemente.

El de Manila, suministra poco amoniaco.

Es evidente, dice Richardson, que el vapor de agua es ofensivo, pero el carbon se adhiere á la membrana mucosa ó irrita la garganta.

El ácido carbónico es narcótico si se introduce en los pulmones.

El ácido deseca y ataca la membrana mucosa de la garganta; por eso los que lo sorben por la nariz están gangosos; aumenta el derrame de la saliva, que absorbe la sangre, la fluidifica demasiado, y produce irregularidad en la formación de los corpúsculos sanguíneos, y absorbido en gran cantidad causa además la supresión de la secreción biliar, pone



30. Manga correspondiente al núm. 24.



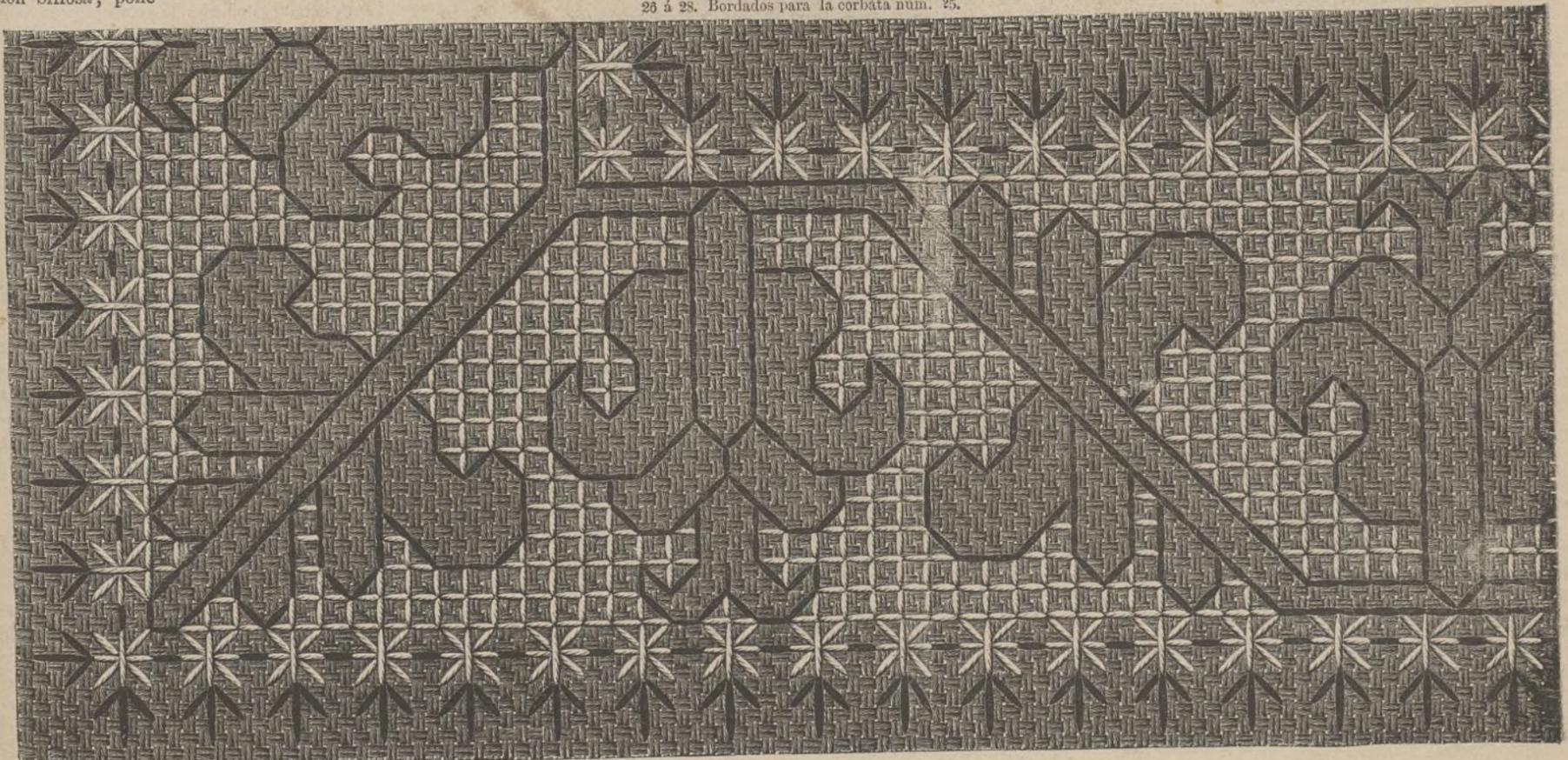
29. Capucha de un pañuelo de cachemir. (Véase el núm. 32).



26 á 28. Bordados para la corbata núm. 25.



31. Manga de encaje irlandés.



23. Cenefa para el mantel núm. 22.

hoja de la patata sometida á un análisis químico, nos queda la siguiente proporción:

Agua vaporosa, media parte;
Un extracto amargo venenoso, tres partes;
Acido carbónico, siete partes;
Carbon, nueve partes; y,
Una materia volátil muy irritante, doce partes.

Comparada esta planta con la del tabaco, se observa la diferencia que existe entre la una y la otra.

Las siete partes de carbon más que la del tabaco, las tres de ácido carbónico, y la materia volátil tan irritante, hace perder á la hoja de la patata mucho, en comparación á la del tabaco, y no puede negarse la controversia que se origina entre dos plantas tan diferentes, donde ya existe una razón bastante poderosa para negar que de las dos se obtengan idénticos resultados, como ha querido sostener el académico francés. Pero aparte de todo, hay que considerar que, en la hoja de patata, no puede hallarse, ni aun en pequeña ni en grande cantidad, ninguno de los elementos constitutivos y esenciales del tabaco, cuales son la nicotina y la nicotiniana y las sales que le dan carácter y condiciones de tal.

Sin estos elementos no puede formarse el tabaco, y la hoja de la patata, careciendo totalmente de ellos, no puede sufrir sin podrirse las fermentaciones que aquel necesita para purgarse de la parte narcótica, sin las que ninguna otra planta, inclusa la del verdadero tabaco, se disipa y se seca, y en último resultado se pulveriza, ó es pasto de la polilla.

No hay que olvidar también que cualquiera hoja seca que se fume, inclusa la de la patata, produce grandes irritaciones en la mucosa de la lengua, de la laringe y del tubo respiratorio, de donde pueden originarse más graves dolencias, y que todo el que tenga costumbre de fumar debe huir de semejantes mortificaciones, cualquiera que sea también la preparación de la materia fumada, diga lo que quiera el académico francés, pues sobre él están los resultados de la experiencia y las demostraciones de la ciencia, que hablan tan alto como la verdad, porque es la verdad misma.

En esto el tren paraba de nuevo. Estábamos frente á Barquinha, otro pueblecito como Tramagal y como Praia, de escasa importancia y de pocos recuerdos históricos. La luna era clara, propia del mes de Enero. Sus refulgentes y blanquecinos rayos se extendían por aquella solitaria campiña que teníamos á nuestra derecha, y sobre las turbulentas y juguetonas aguas del Tajo que corrían á nuestra izquierda. El misterio que rodea al hombre en estas noches silenciosas; las sombras fugaces que aparecen y se disipan bajo los ténues resplandores del astro plateado, nos recordaban el tiempo de las ilusiones, los días en que el amor primero inflamaba nuestro pecho y enloquecía nuestra mente. Scott, que también sentía agradables impresiones bajo las bellezas que contemplábamos, porque era hombre y tenía también corazón para sentir, asomó la cabeza por la portezuela, y mirando al caudaloso río exclamó:

—¡Qué hermoso es esto!

—En efecto, es lo más pintoresco de cuanto hemos visto desde nuestra salida de Madrid.

—¿Y ese castillo, es una sombra proyectada por algún fenómeno del espejismo?

—No señor; no es fantástico ni mucho menos, aunque siendo real y verdaderamente una obra de piedras labradas, lo parezca. Ese es el Castillo de Almorol, obra del siglo XIV. Es una miniatura preciosa, rodeada por las aguas y coronada por unas almenas moriscas que recuerdan á los hijos de Mahoma, que antes poblaron estas fértiles márgenes.

Y el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras yo continuaba diciendo:

—Me da pena partir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no podemos llevar con nosotros ese juguete, esa fortaleza miniada que más parece hecha para encerrar amores que para resistir agresiones del cañón y del fusil. Petrarca, si hubiese visto este castillo, lo hubiera elegido para sepulcro de Laura.

—Cierto; aquí no deben vivir más que las golondrinas que saben amar y cantan desde la hora del alba al amor y á la libertad.

Y hablando de otros recuerdos que despertó en nuestra mente el pintoresco castillo de Almorol, llegamos, sin darnos cuenta del tiempo que pasaba, al *Entroncamento*, donde se encuentran las líneas que parten á Porto y Lisboa.

Eran las cuatro y cincuenta minutos. Una gran estación rodeaba el convoy. Bajamos y fuimos á tomar café.

(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA ASTRONOMÍA.

por

FRANCISCO GUERRERO GARCIA.

VI.

DE LOS PLANETAS Y COMETAS.

Mercurio: Se encuentra este planeta como tres veces más cercano al sol que á la tierra y es diez veces más pequeño que nuestro globo, y no es tan visible á nuestra vista por hallarse envuelto con los rayos del sol. Gira sobre sí mismo en veinticuatro horas y hace su revolución alrededor del sol en ochenta y ocho días.

Venus: El más brillante de todos los planetas, se le ve por la noche, en el Oeste, después de puesto el sol, y por la mañana en el Este antes de salir el sol. Es conocido también con el nombre de Vesper ó Estrella del pastor por la noche, y por la mañana el de Lucifer ó Estrella de la mañana. Hace su revolución alrededor del sol en 224 días y su rotación sobre sí misma en 23 horas y 21 minutos.

Marte: Siete veces más pequeño que la tierra, está una vez y media tan lejos del sol como éste está de la tierra. Este planeta presenta manchas muy distintas, y sus polos parecen cubiertos de nieve. Su luz es de un rojo sombrío.

Júpiter: El más brillante de los planetas, que se halla más lejos del sol que de la tierra, es 1.414 veces mayor que nuestro globo. Está unas cinco veces tan lejos del sol como éste de la tierra. Su revolución alrededor del sol es de unos doce años, y la de rotación sobre sí mismo de diez horas próximamente. Este planeta va escoltado por cuatro lunas ó satélites invisibles á la simple vista, cuyo descubrimiento se debe al sabio astrónomo y físico italiano Galileo, que vivía en el siglo XVII.

Entre Marte y Júpiter se interponen muchos pequeños planetas que no pueden percibirse á la simple vista por su exigua magnitud y distancia. A cada instante se descubren otros nuevos que se llaman planetas telescópicos.

El Astrónomo Sr. L. Schulhof, del observatorio imperial de Viena, descubrió en 10 de Julio último, en la constelación de Capricornio, el planeta 147 que aparece de 12ª magnitud, al que se le ha dado el nombre de *Protopenia*.

Con los planetas descubiertos en Austria, que se han llamado *Austria*, *Melibeia*, *Sisva*, *Polana* y *Adria*, con los dos que se descubrieron recientemente en América, llamados *Vibilio* y *Adcoma*, y el descuberto en Francia, que ha recibido el nombre de *Lucina*, se contaban ya 155 planetas.

Los planetas más antiguos que se conocen son *Ceres*, *Juno*, *Pallas* y *Vesta*. Estos cuatro planetas eran los únicos que se conocían hasta el año 1845; después acá se han descubiertos más de 150.

Saturno: Se ve rodeado de un anillo delgado y ancho distante de él unos 3.000 miriámetros, y tiene ocho pequeños satélites. Es 735 veces mayor que la tierra, y dura su revolución treinta años, hallándose nueve veces y media más lejano del sol que de la tierra.

Urano: Tiene seis satélites; gasta 84 años en hacer su revolución, es 82 veces mayor que la tierra y 19 veces más lejano del sol. Se le conoce también con el nombre de Herschell, con motivo de llamarse así el ilustre astrónomo inglés por quien fué descuberto el año 1781.

Neptuno: Es 111 veces mayor que la tierra, hace su revolución alrededor del sol en 165 años, y está 30 veces más lejano del sol que de la tierra; no tiene más que un satélite. Fué descuberto por Leverrier en 1846.

Además de los planetas que acabamos de exponer, existen otros astros que se mueven alrededor del sol formando curvas ovales sin dirección determinada; á estos astros se les llama *cometas*, y su movimiento es irregular.

Sucede muchas veces que los cometas pasan tan cerca del sol que necesariamente tiene que comunicarles un calor excesivo. La proximidad de este á aquel astro debe ser el motivo de presentarse á nuestra vista un cometa en forma de una masa gaseosa, al través de la cual se vislumbran las estrellas como al través de un velo de gas; toda vez que hay algunos que presentan un núcleo central opaco y sin duda sólido: se comprende así, cuando se alejan del sol y se van en dirección de otro extremo de su óvalo, que se enfrian y vuelven á su estado primitivo ó sólido.

Los cometas casi siempre se hallan rodeados de una atmósfera brillante que se prolonga y es la que aparece en figura de cola. Esta, crece á medida que el astro se aproxima al sol y disminuye cuando se aleja. Merece particular mención la cola del cometa que apareció en 1843; tenía 240 millones de kilómetros de longitud y sobre 48.000 de latitud media.

Es de advertir que algunos cometas tienen varias colas, como por ejemplo, el que apareció en 1744, que tenía seis.

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

—Pero ¿quién es la misteriosa heroína de esa aventura? preguntó la joven, aparentando la mayor sorpresa.

—¡Creía que lo habías adivinado! replicó Cristina con tono doloroso. ¡Es Margarita!

—¡Margarita! exclamó su interlocutora con una sorpresa que ya no era fingida, y que se parecía al espanto.

—¡Ahora, juzga tú cuán triste es mi posición, prosiguió Cristina, pues si hablo está perdida, y mi madre la arrojará de su casa! ¡Además es casada, y este lance puede tener funestas consecuencias! ¡No, no, prefiero callar, prefiero que ese borron caiga sobre mi frente, antes que consumir su desventura!

Y Cristina se separó de la joven enjugándose una lágrima, próxima á humedecer sus mejillas.

Es la maledicencia una de esas insaciables fieras que necesitan siempre lagos de humeante sangre para humedecer sus fauces, y olvidan luego con fría indiferencia los secos despojos de su voracidad sin límites, para cebarse en nuevas y palpitantes víctimas.

Afortunadamente para Cristina, se habían hecho ya sobre ella todos los comentarios imaginables; se había considerado el suceso bajo todas sus fases; se había pronunciado ya la sentencia, y la conversación empezaba á decaer, porque su asunto, cual el vapor que corre infinitas millas por hora, había pasado en un instante de la infancia á la decrepitud, y ya no tenía atractivos, como todo lo que es viejo.

La amiga de Cristina se consideró, pues, feliz de poder arrojar una nueva, aunque pequeña rama á aquella casi extinguida hoguera, para que brillasen otra vez sus llamas.

Margarita excitaba muy poco la general atención, pero en fin, era una novedad, y á falta de otra cosa mejor, tuvieron que contentarse con ella. Daba algún atractivo á la nueva víctima su título de casada, porque á las envidiosas, que no por su culpa, sino por culpa de la suerte, tenían que presentarse todavía en el mundo coronadas de blancas azucenas, que hacían contraste con las ligeras arrugas de su rostro, les era muy grato humillar á la que, mereciéndolo en su concepto menos que ellas, había tenido la singular fortuna de encontrar marido.

Aquel rumor sordo de la calumnia acallado un instante, volvió á resonar, creciendo, creciendo como los murmullos de las irritadas ondas de los mares; y acabó por estallar como la tempestad cuando rasga las nubes con atronador estruendo y desgaja la raíz de los árboles centenarios.

La víctima en la cual se cebaba la calumnia era débil; estaba sola é indefensa.

¿Qué consideraciones podía merecer una huérfana sin amparo, una esposa sin marido?

Una celosa amiga de la condesa corrió á avisarla por su bien de que no debía permitir que habitase bajo el mismo techo que su hija una mujer sin pudor y sin decoro.

La condesa, como siempre sucede, que los interesados son los últimos en saber las cosas que les atañen, se mostró muy sorprendida por el aviso, y declaró en alta voz que era ofenderla á ella ofender á aquella pobre joven, de cuya inocencia estaba persuadida.

No faltó tampoco un oficioso amigo, porque aunque los hombres se precian de graves y sensatos, y se complacen en hacer recaer todo el borron de la maledicencia sobre el sexo débil, sin embargo, se deleitan también, salvo honrosas excepciones, en destruir el bienestar de las familias á trueque de decir un gracioso chiste, hubo, pues, un oficioso amigo que se acercó con aire conturbado á Andrés, y murmuró en su oído, entre reticencias y dolorosas exclamaciones, cuanto sabía.

Andrés se encogió de hombros, aparentó no creerle, y dijo que necesitaba pruebas para dar asenso á una monstruosidad semejante.

Picado el amor propio de su interlocutor, respondió que, á falta de pruebas, le presentaría el testimonio de todos los circustantes; pero cuando, habiéndole Andrés cogido la palabra, fué en busca de testigos, no halló ni uno solo que quisiese confesar lo que antes había afirmado.

¡Tan vil y tan cobarde es la calumnia, que nunca osa mostrarse cara á cara!

Entonces pasó una cosa extraña. Cristina se acercó vivamente á Andrés. Estaba pálida y agitada. Ella parecía suplicar, él imponer condiciones. ¿Qué lazo los unía? ¿qué secretos mediaban entre ambos? ¡Nadie pudo adivinarlo!

Pero cuando el detractor volvió confesando su derrota, encontró que se había efectuado en Andrés un completo cambio.

En vez del marido indiferente de algunos minutos antes, halló á un hombre celoso de su mujer y de su honra, que le pidió cuenta de sus palabras de una manera dura é imperiosa.

No bastaron á calmar su enojo ni disculpas ni amistosas demostraciones, y fué inevitable el duelo.

Esta palabra fatídica circuló por todos los ámbitos de la sala con la rapidez del relámpago.

Hubo un momento de desórden y espantosa confusión. Damas y caballeros se levantaron, y se arremolinaron en derredor de los dos contendientes, tratando en vano de calmarlos.

—¡Moderaos, por Dios, señores! repetían, formando coro, cien trémulas voces femeninas, que, después de haber encendido con ahinco la fatal hoguera, se asustaban al ver sus llamas subir amenazadoras á los cielos.

Acudió la condesa, acudió Leopoldo. Cristina había desaparecido.

Andrés no quiso atender á las razones de los dos primeros, y salió como un loco de la sala y de la casa, seguido del chismoso, que muy á pesar suyo, pues no había imaginado que las cosas llegasen á tal extremo, iba á recibir el castigo que todos merecían.

Tras de ellos fueron desfilando damas y caballeros, después de dirigir algunos vulgares consuelos á la condesa, como si temieran contaminarse con el aire manchado por el escándalo que ellos mismos habían provocado.

Margarita había permanecido tranquilamente toda la noche en el extremo de la sala, oyendo la vigésima narración de las proezas de un viejo general, y solo cuando todos se levantaron tuvo noticias de la ocurrencia, sin saber empero lo que la había motivado.

—Pero ¿quién es el que se va á batir? preguntó á la azorada condesa, que iba y venía, poniendo en movimiento á los criados para que fuesen á impedir el duelo.

—Deberías saberlo, dijo ésta con impaciencia, supuesto que tú eres la causa.

—¡Yo! exclamó Margarita estupefacta. ¡Yo! ¿Pero qué es lo que sucede? ¿De qué se trata? ¡Hable V., hable usted, por Dios!

—El que se bate es tu marido, repuso la condesa, y el motivo...

Detúvose de repente al decir esto. Tenía miedo de herir la susceptibilidad de aquella alma, que le parecía incapaz de haber cometido una acción indigna.

—La malevolencia nos es siempre tan fiel, y acaso más que la amistad.

La marquesa no se había marchado; había querido saborearse hasta el último momento en las amarguras de su rival aborrecida.

Ella continuó la frase de la condesa y dijo con incisivo sarcasmo:

—Suponen, y estoy cierta que sin fundamento, suponen que un hombre escaló hace algunas noches el jardín, y tuvo con V. una cita misteriosa...

Margarita dió un grito, y como si aquellas palabras la hubiesen herido en medio del corazón, cayó desplomada y sin sentidos sobre el pavimento.

La condesa se abalanzó hácia ella, llena de compasión y de interés. La colocó sobre un sofá, y la prodigó mil auxilios, sin conseguir que volviese á la vida.

En aquel instante se oyó en el vestíbulo el ruido de muchas voces.

La marquesa corrió á inquirir su causa; pero apenas había salido de la sala, cuando entraron varios criados despavoridos, gritando:

—¡Señora, señora, ahí le traen!... ¡Don Andrés viene herido!... ¡gravemente herido!

La condesa aturdida, se abalanzó fuera de la estancia, abandonando á Margarita.

(Se continuará.)

CONVERSACION CON LAS DAMAS.

La princesa de Zanzibar, hermana del sultan, que tanto ha despertado la curiosidad de los noveleros parisienses, se halla en Londres desde hace algun tiempo con sus dos hijos: ha despertado gran interés en la alta sociedad inglesa, y es muy bien recibida en todos los salones de la aristocracia de Londres.

La historia de esta princesa es interesante: enamoróse de ella un empleado de una casa de comercio de Zanzibar, y ella le correspondió: inútil es decir la cólera que se apoderaría del soberano y de sus otros once hijos al saber los amores de la princesa con el jóven inglés: la aprisionaron y la impusieron los más rudos castigos: para

huir de un rigor que la hubiera costado la vida, la princesa hizo saber á su amante, por medio de un esclavo que se compadeció de ella, que no había otro remedio que la fuga: con efecto, el esclavo, que era uno de los guardadores de la jóven, y en la apariencia muy feroz, mató á un compañero suyo que le ayudaba en el cargo de vigilarla, y huyó con los amantes.

Llegados á Aden, se casaron éstos, y pasaron después á Inglaterra, siempre acompañados de su fiel criado, al que miraban más bien como á un amigo. Pero temerosos de la venganza de los doce sultanes (padre y once hermanos de la princesa), se internaron más y se establecieron en Irlanda.

La jóven se educó muy pronto: amor es buen maestro, y su esposo tenía gran talento y natural distinción: su fortuna creció, y pronto la abundancia y la paz embellecieron su casa, á la que asistía una sociedad culta y agradable.

El jóven inglés llegó á ser un rico negociante; en 1870 murió, dejando á su esposa una gran fortuna y tres hijos; pero la viuda no pudo vivir en los sitios que le recordaban la pérdida del hombre que había obtenido su único amor, y fué á establecerse á Dresde, donde fué visitada y obsequiada por la mejor sociedad.

Cuando supo que venía á Europa su hermano el sultan de Zanzibar, fué á esperarle á Londres, llevada por el deseo de reconciliarse con él: el sultan, que la recibió severamente, se ablandó poco á poco al influjo de la cultura del espíritu y de la gracia de su hermana, á la vista de sus sobrinos, tan hermosos como lo son todos los niños ingleses.

La princesa estuvo hospedada, á su llegada á Londres, en casa de un miembro del parlamento, el doctor Lyon Playfair, donde era tratada con toda clase de distinciones; á la segunda entrevista con su hermano, éste la abrazó y la ofreció su protección y su amistad.

La princesa ha dejado á Dresde y se ha establecido en Londres para estar más cerca de Zanzibar, córte de su hermano el sultan: es una mujer muy bella, muy instruida, y que habla correctamente el inglés, el francés y el alemán.

Esta princesa ha sido invitada al castillo de Ebenrhal, en Austria, para las fiestas del matrimonio de la princesa Amelia de Sajonia-Coburgo-Gotha, con el príncipe Maximiliano de Baviera; este príncipe es el menor de los tres hermanos de la emperatriz Isabel de Austria, de quien son hermanas también la princesa de Thurn, la reina Sofia de Nápoles, la condesa de Trani y la duquesa de Alenzon.

La princesa Amelia es hija de la princesa Clementina de Orleans; el trousseau de esta ilustre y bella desposada, se ha confeccionado en París, y los periódicos alemanes vienen llenos de elogios acerca de su riqueza; para la ceremonia nupcial llevaba la princesa Amelia un traje de faya blanca, adornado de espléndidos encajes y de flores de azahar. Era todo un poema aquel elegantísimo traje de desposada.

Su madre, la princesa Clementina, una de las damas más distinguidas de nuestra época, llevaba un vestido de faya lila y un chal de encaje blanco.

La jóven princesa, esposa del duque Felipe de Sajonia-Coburgo, que es hija del rey de los belgas, estaba encantadora, vestida de faya azul y de crespon de China del mismo color, adornado todo el traje con blondas blancas.

La archiduquesa Clotilde de Austria, lucía su gracia juvenil ataviada con un traje de raso á rayas grises y blancas.

Han asistido al matrimonio los duques de Aumale, de Montpensier y de Alenzon, no habiendo podido ir la emperatriz de Austria, porque ha quedado en un estado de salud muy delicado después de la caída del caballo que sufrió en Sassetot.

Todos estos detalles son auténticos, por estar tomados de una crónica de Bochaumont, que es el primer cronista del gran mundo en la época presente.

La caza sigue abierta, y es aun la principal y la más costosa diversion de la alta sociedad francesa.

El *chateau* del conde de Praslin, situado en Seine-et-Marne, es el que hasta ahora ha reunido y abriga aun la más brillante sociedad de Francia: hace los honores de una hospitalidad régia la hermosa condesa de Argenteau, hija del conde de Praslin, y aquella suntuosa morada es la que ha dado la señal de las fiestas de otoño con una brillantísima cacería, á la que asistieron gran número de damas, no solo de París, sino también de los *chateaux* inmediatos.

Los castillos que rodean al lindo pueblecito de Saint-Germain están también llenos de hermosas y elegantes damas, cada una de las cuales ha ido precedida y acompañada de un número inmenso de baules y cajas.

Madama de Villeneuve, que lleva el ilustre apellido español de Albuquerque, es la estrella de la alta sociedad parisiense por su elegancia, su gracia y su incansable amor á las diversiones, aun á las más fatigosas: en el castillo del príncipe de Wagram es donde esta intrépida amazona, donde esta artista de corazón y de talento, recorre de día los bosques y de noche encanta los oídos y el alma, ya recitando al piano, ya cantando algunas piezas de música italiana con gran perfección y exquisito gusto.

Ya no se llama *big life* á la flor y nata de los elegantes; ni *cocodés*, como hace diez años; ni *petits-crevés*, como al día siguiente de la revolución que destruyó á la hermosa y buena Eugenia de Guzman; ni *gommeux*, como en los últimos dos años; la alta dinastía de los lechuguiños se llama ahora *la poisse*: se la acaba de bautizar con este título, como si dijéramos *gente de pez*, que ya, no solo se pega... sino que ennegrece.

Esto es terrible, y la flor de la elegancia masculina debía protestar contra esa potestad invisible que discurre, reparte y afianza todos los dictados que tiene por conveniente aplicar á determinadas fracciones de la humanidad.

Los trajes de caza confeccionados en París para el presente otoño, son de gran riqueza: los más elegantes son de terciopelo verde de todos los matices, desde el verde mirto al verde esmeralda; constan estos trajes de falda con cola, montada á pliegues en una cintura, y de una casaca á lo Luis XIII con faldones prolongados, carteras y vueltas en las mangas que llegan hasta cerca del codo.

Estas casacas están, no solo galoneadas de oro en todas las costuras, sino adornadas en todo lo largo de los faldones con presillas ó sardinetas de galon de oro; las vueltas de las mangas llevan el mismo adorno; quedan anchas, y dejan pasar otras de batista adornadas de encajes.

Esta casaca tiene cuello y solapas bastante anchas, que dejan ver una corbata de batista, ornada de encajes, lo mismo que las mangas.

Los sombreros para este traje son grandes, á lo Luis XIII, con ala levantada por un lado y sostenida con una presilla de oro y largas plumas blancas; es, en una palabra, un sombrero á la *Fronde*, y todo el traje tiene el mismo carácter; se hace el sombrero de fieltro negro ó gris, ó bien de terciopelo igual al traje.

El lujo de los látigos, de los guantes, de los arneses y sillas de las monturas es extraordinario; los caballeros visten calzon de punto, botas altas, levita verde con botones dorados y gorra á la inglesa; cada uno y cada una lleva sus lacayos, sus moneros, sus caballos y sus perros con sus libreas, sus armas y colores; algunas veces un pobre ciervo cae herido bajo el plomo de una linda amazona, y la mira con sus dulces y tristes ojos, como diciéndole:

—¿Cómo siendo bella y pareciendo buena, eres capaz de darme la muerte?

Pero, ¡ah! la caza es como la guerra; el humo y la sangre embriagan y despiertan instintos de crueldad.

Por la noche toda la gente que habita los dominos campestres, los castellanos como sus huéspedes, se reúnen en el salón: en nada se parecen estas reuniones á los saraos de París; hay una mesa con una lámpara, puesta sobre un elegante y espeso tapete, alrededor de la cual se sientan las señoras á bordar, á trabajar en crochet ó á hacer cualquiera otra labor coqueta y delicada que haga lucir sus lindas manos cubiertas de sortijas; hay otra mesa que sostiene dos candelabros de plata cargados de bujías, donde se juega al ecarté; más allá otra mesa sostiene álbums, keepsakes, libros y periódicos, y tiene el privilegio de atraer á los enamorados, que con el pretexto de ver los grabados, se hablan en voz baja; y, en fin, en un velador puesto en un ángulo del salón, la señora de la casa, la bella castellana, ayudada de las dos señoritas más jóvenes, prepara el thé en una gran máquina de plata, donde humea el espíritu de vino, reflejándose en los esmaltes de las tazas y en las bandejas de Vermell, cargadas de pastas y bizcochos.

El piano, en cuyo atril hay siempre abierta una pieza de uno de los mejores maestros del arte lírico, deja oír las armoniosas notas que arrebatan al teclado manos hábiles y experimentadas; los niños bullen como mariposas, y hasta los perros favoritos, aprovechando la negligencia de un criado que dejó entornada la puerta, penetran en el salón y juegan con los pequeñuelos, que los acarician y les dan á escondidas bizcochos de los que están preparados para el thé.

Las damas cambian tres ó cuatro trajes al día en estas residencias campestres; mas todos son sencillos, excepción hecha del de caza y los de baile la noche que se dispone un sarao; hasta el nueve año, y quizá hasta el mes de Febrero, la aristocracia francesa que no figura en el mundo oficial, descansa de la agitada vida de París.

LA CONDESA DEL VALFLORES.

BIBLIOGRAFIA.

Dos libros preciosos, consagrados á las señoras, acaban de publicarse. Es el primero *EL AMIGO DE LAS DAMAS, almanaque de salon y tocador para 1876*, por nuestra distinguida colaboradora Doña Blanca de Gassó y Ortiz, elegantemente impreso y con bonitas cubiertas. Basta decir que este es el tercer año de su publicación, para demostrar toda la popularidad de que goza entre las señoras. También es un almanaque para el año próximo; el segundo, debido á la eminente escritora portuguesa, y colaboradora de *EL CORREO*, Doña Guiomar de Torresao. Está enriquecido con las firmas de los escritores más ilustres del Brasil, Portugal y España, y ofrece una lectura amena, variada é instructiva.

La sociedad de tipógrafos de Madrid, ha publicado asimismo un almanaque notabilísimo en todos conceptos, por la gran variedad de datos que contiene, y que está por lo mismo des-

merece, diremos que sus páginas contienen multitud de artículos, donde se ve la más sana moral y el estilo más dulce, más persuasivo y más elegante, dotes que han conquistado á la señora Sinnés su envidiable reputación literaria.

Se halla á la venta en las principales librerías, al precio de 16 rs. ejemplar.

OBRAS

DE DOÑA ANGELA GRASSI.

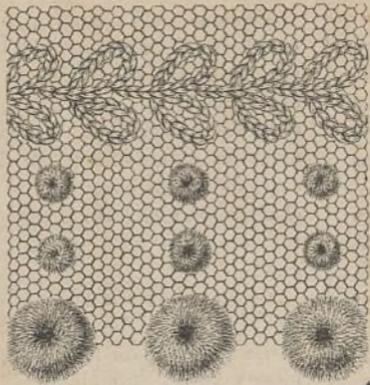
QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Las riquezas del alma, dos tomos, 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

El que no siembra no coge, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

La gota de agua, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

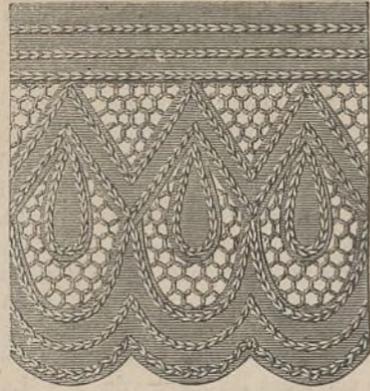
Poesías, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.



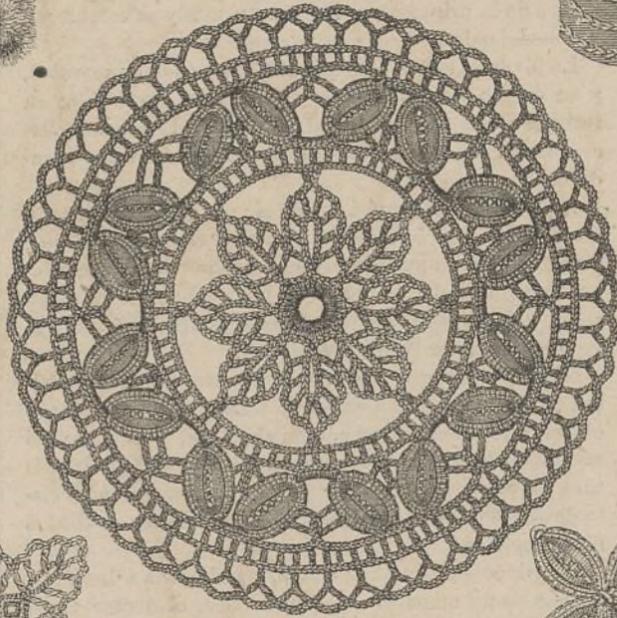
33. Perdado de felpilla para veles.



34. Iniciales para pañuelo.



32. Cenefa para la capucha núm. 29.



35. Estrella para antimacasares.



38. Sombrero de castor con plumas.



36. Estrella de crochet.



37. Estrella de cinta irlandesa.



39. Sombrero de terciopelo con plumas.



41. Delantal bordado.



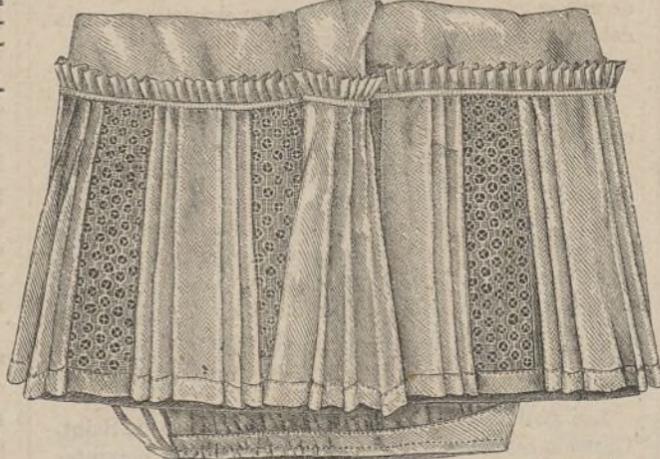
40. Corsé de talle largo.



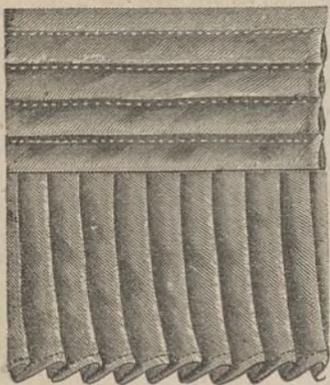
42. Delantal de piqué.



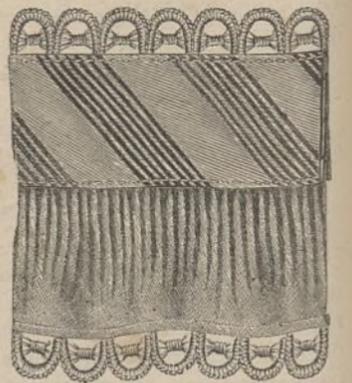
43. Enagua de punto. (Patron de la cintura: pliego del 18 por el revés, núm. V, fig. 22).



44. Enagua para vestir.



45. Adorno para vestido.



46. Adorno para delantales.

tinado á figurar en el bufete de todas las personas ilustradas.

Y ya que de almanaques se trata, recomendamos de nuevo á nuestras suscriptoras *El Etimológico*, único en su clase, debido al inteligente catedrático de Sevilla D. Timoteo Alfaro, y del que ya nos hemos ocupado en otras ocasiones. Las señoras hallaran en él la explicación de su nombre, según haya sido tomado del hebreo, árabe ó teutónico, lo que ofrece un estudio sumamente curioso y entretenido.

Por último, no terminaremos estos breves apuntes, sin hacer mención de *La osa de Andara*, estudio psicológico, por D. Joaquín Juste y Garcés.

Es un bellissimo libro, escrito en estilo ameno y elegante, y en el cual, á pretexto de una narración ingeniosa é interesante, se debaten todas las cuestiones filosóficas y sociales que tanto preocupan á la generación presente.

Cuando ya íbamos á dar por concluida nuestra tarea, llega á nuestras manos un nuevo libro que la distinguida é infatigable escritora D.^a María del Pilar Sinnés acaba de publicar, lujosamente impreso. Se titula *Un libro para las damas*.—Estudios acerca de la educación de la mujer, y es sumamente útil y agradable al bello sexo, al que está dedicado. Sin perjuicio de ocuparnos de esta producción con la detención que

La Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

FIG. 1.^a—Traje para visita.—Vestido de faya azul, que dibuja extensa cola, guarnecido en el bajo con dos volantes rizados, el superior con cabeza. El elegante mantelo, sujeto en los costados con dos lazos de echarpe habana, y dos atrás con bridas terminadas en un lazo de cinta, está adornado con cintas perpendiculares y guarnecido con un fleco. El mismo fleco y cuatro órdenes de soutache sirven de adorno al elegante abrigo *Carlota*, bordado con soutache negro y de mangas prolongadas. Sombrero de faya habana, adornado con flores blancas y follaje. Un lazo azul sujeta los bucles de pelo en la nuca. Este traje está destinado á una señorita ó señora joven.

FIG. 2.^a—Traje de recepción.—Vestido de faya liso y fular ó gasa del mismo tono á cuadros menudos. Un ancho bullon, terminado por dos ruches y volantes, más ancho el de abajo que el de arriba, guarnece la falda en los paños de atrás. El adorno del paño de delante y el mantelo, consiste en siete órdenes (por junto) de rico fleco de borlas. El mantelo, muy ceñido, se recoge en las caderas, y le completan dos anchas caídas de la misma tela, terminadas con el mismo fleco. Manga y chaleco de la tela lisa y coraza de la tela á cuadros. El chaleco está abierto hasta la cintura, con camiseta y gola de encaje, cerradas con lazos de faya negra. Un tableado de faya negra adorna la costura exterior de la manga, y divide en dos el volante de la tela á cuadros que la termina, cerrando con una hebilla. Cuatro lazos de faya negra con largas caídas separan el delantero de la parte de atrás de la falda. Adorno de cintas y flores en el cabello.